

Fernando COLLANTES GUTIÉRREZ

El declive demográfico de la montaña española (1850-2000) ¿Un drama rural?

Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 2004, 364 pp.

Aunque el abandono y la despoblación, que algunas áreas empezaron a experimentar ya en la segunda mitad del siglo XIX, hayan afectado al conjunto del mundo rural, las comarcas de montaña han sido el escenario donde el éxodo se ha cebado con mayor intensidad, generando notables desequilibrios territoriales. Antigua “productora de hombres” según Braudel, la montaña no sólo ha experimentado un proceso de pérdida poblacional en términos absolutos, sino también, y muy especialmente, una transformación básica en sus caracteres demográficos (envejecimiento, masculinización, concentración en las capitales comarcales...) y un gran retroceso relativo y, por tanto, pérdida peso —no sólo demográfico— dentro de la economía y la sociedad españolas. La preocupación por detener este flujo migratorio y evitar la desertización —en términos humanos— de las zonas montañosas ha conducido, desde las últimas décadas del siglo XX, a la puesta en marcha de políticas de diverso alcance que pretenden paliar el menor desarrollo de estas zonas, aunque su efectividad hasta ahora ha sido, según parece, bastante limitada. Con la mirada puesta en una revisión de dichas políticas, Fernando Collantes aborda en este libro un ambicioso estudio de la historia demográfica y económica de la montaña española. Ambiciosa porque, sin ser una obra de síntesis, pretende resumir la trayectoria de un amplio conjunto de comarcas (que comprenden el 36 por 100 de los municipios españoles, el 38 por 100 del territorio y el 15 por 100 de la población de 1860) durante siglo y medio, desde la consolidación del Estado liberal y los primeros pasos de la industrialización; ambiciosa, en segundo lugar, porque propone una interpretación general sobre la naturaleza y las causas de la despoblación de la montaña española; y ambiciosa, finalmente, porque el análisis realizado da pie, como se ha dicho, a formular una propuesta de revisión de las políticas rurales relativas a tales comarcas.

Collantes centra su análisis en los efectos de signo diverso que el proceso de industrialización tuvo sobre las comarcas de montaña españolas, entendiendo que fue exógeno a ellas. Con este objetivo, examina el carácter de las economías de montaña y su integración, a través de diversos flujos mercantiles, en un sistema económico de rango superior, al tiempo que dirige su atención hacia las formas en que se realizaba la reproducción económica de las economías campesinas y las transformaciones acaecidas en éste ámbito. La adopción de un enfoque reproductivo, cuya utilidad para los historiadores ha sido remarcada en múltiples ocasiones por Alfons Barceló, constituye una pieza clave en el trabajo de Collantes, que le permite conjugar los flujos de carácter macroeconómico con el ámbito de la unidad de explotación familiar, donde se adoptaban las estrategias tanto productivas como migratorias.

Después de una introducción en la que se exponen el enfoque del libro, sus tesis y como éstas van a desarrollarse, la obra empieza con un primer capítulo dedicado a describir y desmenuzar el proceso de despoblación de la montaña, en sus dimensiones cronológica y geográfica. Aunque algunas de las observaciones realizadas en este capítulo inicial puedan parecer relativamente conocidas, la escala de análisis adoptada revela aspectos novedosos y permite observar tanto la existencia de elementos comunes al conjunto de comarcas de montaña —especialmente la existencia de un período “crítico” para todas entre 1950 y 1970—, como la diversidad de las trayectorias, manifestada en la cronología de la despoblación y en la intensidad que, en cada momento, adquieren los flujos migratorios. Es precisamente esta diversidad la que permitirá un análisis comparativo que ponga de relieve las poliédricas relaciones de estas economías con su entorno regional y, más en general, con el sistema económico del país.

A la descripción de lo demográficamente acaecido, le sigue una propuesta interpretativa sobre sus causas, en la que juega un papel determinante la capacidad de adaptación al cambio socioeconómico. La evolución de la montaña es entendida en términos de selección, adaptación y extinción ante una realidad cambiante, donde el mercado y sus mecanismos tienen un papel fundamental. Collantes rechaza cualquier concepción autárquica de las economías campesinas y remarca, para el período estudiado, su apertura al mercado, una apertura derivada obviamente de las insuficiencias de la vida en la montaña, pero también de las posibilidades de mejorar los niveles de vida y bienestar mediante el intercambio y la especialización en una cierta gama de productos. Se trataría, sin embargo, de una mercantilización no plena, condicionada por un abanico de elementos institucionales y cuya intensidad fue aumentando desde el último tramo del Antiguo Régimen hasta la actualidad. Al parecer de Collantes, este conjunto de flujos mercantiles tendía a situar las economías de montaña en una posición de dependencia, periférica respecto del sistema económico general, hecho que se habría acentuado con la industrialización. Por ello, las tensiones generadas por este proceso, transmitidas a través del mercado, ejercieron, para el autor, una influencia determinante y primordial sobre la trayectoria demográfica de la montaña. Por un lado, la industrialización destruyó elementos relevantes del modelo económico anterior (manufactura protoindustrial, producciones agrarias de bajo rendimiento...), multiplicó la demanda urbana de trabajadores y elevó los estándares de nivel de vida, pero la expansión de los mercados urbanos también creó nuevas oportunidades, mediatizadas por la dotación de recursos naturales y por la posición geográfica, que, más recientemente, han contribuido a urbanizar y terciarizar dichas comarcas.

En el tercer capítulo se abordan los equilibrios reproductivos de las economías campesinas, dominantes en las comarcas de montaña hasta mediados del siglo XIX y caracterizadas por la pluriactividad, las migraciones temporales y por una estructura social de acumulación relativamente controlada por las instituciones locales y la fami-

lia. Collantes sostiene que la posición periférica de las economías de montaña no conducía mecánicamente a una estructura social de acumulación exógena, sino que las comunidades locales encontraron vías para combinar sus intereses y modelos sociales con la apertura a un sistema más amplio. Ello mermó la incidencia del Estado y sus principales proyectos de transformación, la privatización del monte y la eliminación del analfabetismo, al tiempo que condicionó la diversidad de niveles de bienestar.

Durante la segunda mitad del siglo XX, los cambios promovidos por el avance de la industrialización contribuyeron a simplificar el modelo reproductivo, desagrariándolo, aumentando el peso del salario y la especialización laboral y, en definitiva, sustituyendo las formas campesinas por un modelo más diversificado. Estos cambios son analizados en el cuarto capítulo, donde se abordan las vías de diversificación económica inducidas por la industrialización y la urbanización (producción de energía, manufacturas, turismo), cuya concreción —si bien importante en algunas zonas— fue muy desigual, en función de la posición geográfica y la dotación natural. Pero la diversificación y desagrariación no fueron resultado exclusivo de la penetración y expansión de nuevas actividades y ocupaciones. Sin negar importancia a este proceso diversificador, y con la excepción del Pirineo, la transformación fue más bien producto de un cambio estructural por defecto, según expresión del autor, o sea del brusco descenso y huída de la población ocupada en el sector agrario, que amplificó el peso de las actividades que permanecieron. Collantes explora con acierto las consecuencias de esta desagrariación de las economías de montaña tanto en sus aspectos económicos (mutación en la dimensión y la orientación de las explotaciones agrarias remanentes, expansión del mercado como regulador de los recursos laborales, desaparición de los flujos migratorios temporales...), como en sus aspectos políticos —la desarticulación de las comunidades locales habría aumentado la dependencia política y habría propiciado una estructura social de acumulación más exógena—. También evalúa los resultados del proceso en términos de bienestar, concluyendo que a pesar de un aumento indudable del nivel de vida, el bienestar relativo se ha deteriorado y la población de montaña continua padeciendo, a pesar del cambio de tendencia en las últimas décadas del siglo XX, una “penalización rural”, manifestada más en la dotación de servicios e infraestructuras que en el nivel de renta *per capita*.

El quinto capítulo retoma la interpretación sobre las causas de la despoblación para centrarse especialmente en lo acaecido durante la segunda mitad del siglo XX, cuando aquélla adquirió una intensidad crítica. Collantes indica, sin embargo, que esta fase de éxodo masivo no debe interpretarse sin tener en cuenta el período previo, cuyo legado en términos de diversificación productiva sirvió, donde la hubo, para mitigar la crisis demográfica. A la altura de 1950, a menor diversificación y mayor penalización rural, mayor intensidad de despoblación. Esta es, en síntesis, la tesis que el autor somete a verificación para, a continuación, sostener que la despoblación no debe ser interpretada como una patología del sistema, derivada de la

debilidad política de la montaña, sino como un aspecto más de la fisiología del modelo económico que sustituyó al Antiguo Régimen, institucionalizó el mercado como mecanismo social y abrió el camino a la industrialización. La despoblación de la montaña no sería, pues, ninguna anomalía, sino el producto de una evolución que, con diferencias de cronología y magnitud, operaba en otras partes de la Europa desarrollada o en desarrollo. El elemento político no habría jugado ningún papel determinante en el resultado final, puesto que para derrumbar las economías campesinas sólo hacía falta desarrollo económico. A partir de esta conclusión, Collantes deriva un epílogo sobre las políticas de desarrollo rural aplicadas a la montaña, cuya principal idea consiste en la necesidad de desagrarizarlas —como de hecho la propia economía se ha desagrarizado—, flexibilizarlas para adaptarlas a la diversidad de realidades rurales y orientarlas a mitigar la penalización que en términos de bienestar padece la población de montaña.

El libro de Collantes es, como se ha expuesto, un trabajo sugerente y atrevido, con una variedad de matices difícil de recoger en una breve reseña, y que hace uso extensivo de conceptos teóricos procedentes de grandes autores del pensamiento económico, desde Smith a Hirschman, pasando por Veblen, Kuznets y Polanyi. Sin embargo, por su propia naturaleza, algunas de sus tesis no son más que supuestos o hipótesis cuya confirmación no siempre se demuestra. Desde una perspectiva metodológica, el trabajo combina la interpretación de indicadores estadísticos con el razonamiento deductivo apoyado en una amplia utilización de textos clásicos y de bibliografía secundaria. Los aspectos demográficos, los productivos, los relativos al bienestar y al mercado de trabajo, tienen el soporte de una base empírica sólida, una batería de indicadores que el autor delimita para el ámbito territorial analizado. Sin embargo, otros aspectos cruciales, en particular los referidos a la penetración de la economía de mercado y a las pautas de reproducción de las economías campesinas, sólo se fundamentan con argumentos de carácter deductivo e hipotético, cuyo contraste con datos empíricos es ocasional e incompleto. Se trata de grandes argumentos cuya verificación —aunque compleja— es clave para que la discusión pueda avanzar más allá de la toma de posiciones. Este constituye, a nuestro parecer, uno de los puntos débiles del trabajo. Quizás la opción por una escala de análisis muy general —la montaña española—, con un nivel de desagregación bastante limitado (diez grandes zonas, reagrupadas a su vez en cuatro grandes unidades geográficas: Norte, Pirineo, Interior y Sur) no sea la más adecuada para un estudio documentado de lo que sucede a escala microeconómica, en el seno de cada unidad campesina o de cada familia rural. Ello, sin embargo, más que sustraer méritos al libro, que son innegables, delimita un marco de hipótesis y una agenda para futuras investigaciones.

Enric Saguer Hom
Universitat de Girona